

AYUNTAMIENTO DE
VICAR (Almería)
27 FEB 2008
REGISTRO DE ENTRADA
Núm. RC 12

XXI CONCURSO CIUDAD DE VÍCAR LITERATURA Y MUJER 2018

TEMA: "INFANCIA EN FEMENINO"

MODALIDAD: RELATO CORTO

OBRA: **CONTRA EL VIENTO**

LEMA: EL ESTORNINO

CONTRA EL VIENTO

—¿Sabes por qué los pájaros nunca chocan?

Sale corriendo tras dejarle la cesta sobre la piedra. Ni siquiera se ha planteado responderle. Cruza el río en tres zancadas a pesar de bajar crecida la corriente. El mes de enero es especialmente crudo. También es cuando las bandadas de estorninos llegan y sobrevuelan los campos cada tarde al filo de la noche, haciendo esas extrañas figuras, gritando a una con un graznido que espanta hasta a las Ánimas del Purgatorio, dice su abuela Paca. Candela nunca se moja los pies cuando cruza el agua. Es una zagala de once años con patas de cabra, como los chotillos que pasan por su puerta camino de los pastos.

—¿Sabes por qué los pájaros nunca chocan?

Mientras sube al trote la cuesta de la ermita camino de su casa, resuenan a lo lejos los estorninos. También la pregunta de aquel extraño hombre que llegó ayer al pueblo. Se ha instalado en la posada de su madre. Ha discutido con ella esta mañana y eso le pesa. ¡Pero es que, siendo siete hermanos, siempre le toca a ella! La tonta de la Candela tiene que hacer todas las faenas de calle. Quizá se deba a sus largas zancadas... Entonces se mira su falda de luto remendada sobre sus calcetines roídos. Deja de trotar y se para en seco. Se sacude el polvo de la vega. Si tardase algo más en cada recado, quizá a su madre no le daría tiempo de mandarla a ningún sitio más a sabe tú qué cosa, obligándola a cruzar sola por las veredas oscuras.

—Tráeme una ristra de pimientos secos y medio saco de garbanzos para el puchero de mañana, que tengo que dejarlos en agua, Candela. Dile a la Carmela que te lo apunte y me traes la cuenta en un papel de estraza. Eso fue ayer bien cerrada la noche, cuando tuvo que levantarse del brasero, liarse en al mantón de la abuela y trasponer hasta la abacería a aporrear la puerta mientras saltaba los charcos de hielo. Y luego la vuelta. Que los garbanzos pesaban lo suyo. Los pimientos no, se los puso de collar.

Su hermana, la mayor de las hembras, la Antonia, tiene quince años. Es la encargada de llevar la posada junto con su madre. Las dos se pasan la vida cocinando y limpiando. El poco tiempo que le queda libre a su Antonia, lo dedica a escaparse con su novio por las huertas para juntar sus lenguas en lo oscuro, que lo ha visto ella. Su hermana la chica, la Presen, la que tiene nueve, es la que cuida de los dos hermanillos de tres y dos años. Sus mayores, el Eufasio y el Marcelino, tiene dieciséis y diecisiete. Esos se encargan de que no falte el vino en la taberna que forma parte de la posada en la primera estancia de la casa que da a la calle. Que no falte el vino cada tarde para ningún hombre del lugar. Ni en las barrigas de sus hermanos. Igual que hacía padre, lo *mismítico*.

Marcelino el de la *posá*, su difunto padre, murió el año pasado de algo muy malo. *La enfermedad del vino*, decía su abuela a las vecinas en el velatorio. Hasta ese momento Candela no se había planteado que los mayores tuviesen edad, pero esa noche de muertos se enteró que su padre tenía treinta y cinco y su madre treinta dos. De eso hace ya casi un año. Se acordaba porque el *Pescaito*, como llama ella a su hermano menor, el Pablico, apenas tenía seis meses cuando amaneció el muerto tieso, echado sobre la madera de la barra de la taberna. Ambos apestando a garnacha. La misma tabla donde se dispensaba el vino a todos los borrachos desde tiempo inmemorial. Aquel día de muertos Pablo pasó a llamarse *el Pescaito* porque se retorció en su cuna como una sardina fuera del agua. Lloraba y lloraba en su lata de madera pegada al suelo de la cocina y nadie lo cogía. No estaban para consolar al chico de la familia, estaban para que los consolasen a todos. A todos no. Candela sonreía cuando nadie la miraba, cuando acarreaba sillas desde casa de las vecinas para velar al difunto. La misma sonrisa que le acompañó la tarde anterior, cuando su madre le encargara que comprase matarratas y ella, con el corazón en la boca, decidiese usarlo con la más gorda jamás vista bajo su techo.

—¿Le has dejado la cena al profesor de pájaros?

—Siiii...

—¿El botijo también?

—El botijo también, lo he puesto de pie sobre una piedra... ¡Pero no espere que baje casi de noche de aquí *palante* todos los días, porque ese profesor no se lleve la cena él mismo!

—Candela, me va a pagar un duro más por semana si le llevamos una cesta con viandas al caer la tarde mientras estudia a los pájaros, y estará lo menos un mes. Él tiene que acarrear lámparas y demás cacharros a la vega, donde dice se quedan pegadas las voces de los estorninos, para poder estudiarlas en su escuela este invierno. Sí, hija, esas latas redondas que lleva a cuestas.

—¡Menuda tontería venir de la capital a mirar estorninos en invierno! De todas maneras, madre, que eche entre las latas una tripa de chorizo y un *cacho* de pan. A mí me duelen los pies y el espinazo de estar todo el día acarreando agua, viandas y sábanas mientras sus hijos mayores se rascan la barriga en la taberna.

—Ellos son ya mocicos *remataos* y tienen que hacerse cargo de que no falte vino a los parroquianos, Candela. El vino nos da de comer, que somos muchos. En invierno apenas viene nadie a hospedarse a la *posá* que no sean cuatro peones camineros o el viajante de telas. Tenemos que aprovechar cada perrilla chica que pase por la puerta. Además, que desde que murió tu padre, Dios lo tenga en su Gloria, esto es mucho peor y yo no puedo con todo, Candela, yo no puedo...

—¡Mocicos *remataos* para la faena principal que lleva el ser mocicos, madre, el vino! Y que sepa que desde que murió padre todo va mucho mejor. Yo me lo noto en los pliegues de la cara y en otros que ya no sangran por las noches.

Esto último se lo dice a sí misma apretando los dientes, mientras su madre se queda gritándole desde la cocina que espere, que tiene que decirle algo más. La niña sube las escaleras como una exhalación a oscuras. Entre lágrimas de rabia y sueño se va desabrochando la blusa. Hoy, si tiene más faena, que tire de otra. La Candela ya no tiene más brasa por esta noche. Desde que

murió su padre es lo único que hace bien, dormir a pierna suelta. Confía en que los zagalones de su casa no pasen a imitar también la costumbre del cabeza de familia de manosearla en la noche. Olor a vino, piel rasposa, serpiente de único ojo que escupe vergüenza y pánico entre lo pegajoso.

Y le ha cogido asco a los muchachos, a los hombres, esa es la pura verdad. No le gusta hablar con ninguno y pobre del que se le acerque a menos de un palmo, porque le arrea una buena patada. Dice su hermana Antonia, cuando le reprende de sus escapadas con el novio por las vegas, que ya se le pasarán los remilgos, que es cuestión de tiempo. *Y peor para ti si no se te pasan, los vas a tener encima igual, Candela, así que vete preparando el cuerpo.* Pero dos duros más por acompañar al profesor con los aperos de los pájaros y la cesta con la cena, dos duros son dos duros. Eso era lo que le quería decir su madre la noche anterior, que el profesor necesitaba un ayudante para su trabajo de campo y que ella era la elegida. Que si en vez de la cesta se bajaba con él al caer la tarde y le ayudaba con todos sus cacharros, al final del mes entrarían ocho duros a la faltriquera en lugar de cuatro. No tenía que hacer nada más que acarrear a la ida al campo y a la vuelta a la *posá*, como en dos o tres horas, depende de la tarde. Tuvo que acceder. Muchas bocas. Al menos en tres horas no estaría acarreando garbanzos u otras cosas. Pero no pensaba hablarle. No fuese que se acercara demasiado.

—*¿Sabes por qué los pájaros vuelan en extrañas bandada y nunca chocan?*

Pues eso es lo que he venido a averiguar yo a tu pueblo, Candela. Pensaba que a lo mejor tú tenías alguna respuesta que pudiese incorporar a mi tesis. No eres muy conversadora, ¿verdad? Está bien, no importa, estoy acostumbrado al silencio humano. Siéntate en la piedra y observa conmigo si quieres, yo te iré contando. Estos estorninos han cruzado el mundo entero para estar en tu pueblo. ¿Lo sabías? Se cree que esta variedad en concreto viene de Nueva Zelanda, nada más y nada menos. Ahora es cuando tú me preguntas: y ¿dónde está Nueva Zelanda? Entonces yo te diría, muy, muy lejos, en el sitio posible del planeta más alejado de este campo, fíjate. Y ese es solo el principio del misterio de estos animalillos, muchacha. Lo

apasionante es estudiar cómo se relacionan, cómo se comunican para llegar desde tan lejos sin contratiempos. Muchos mueren en el camino, no te creas. Sobre todo los pollos más jóvenes y los abuelos, los más viejos. Vuelan en formación de uve todos separados por centímetros y claro, en el mismo sentido. Los estorninos funcionan como una gran familia que se comunica con unos graznidos especiales para formar esta especie de enjambres que llega a tu pueblo en enero para pasar el invierno. Pero lo más curioso, lo que yo estoy estudiando este año es la técnica que utilizan para no chocar entre sí. ¿Y sabes por qué no chocan? Acércate, que vas a ser la primera en el mundo en saberlo..., eso es. Pues no chocan porque cumplen tres normas básicas: siempre van en el mismo sentido, aprovechan el viento que producen las alas de los que les rodean y siempre giran todos a una porque hacen lo mismo que los seis que los rodean, todos están conectados por los seis pájaros más próximos, haciendo posible que reaccionen todos a la vez... ¿Te interesa esto que te cuento de los pájaros o me callo? No tienes que hablarme si no quieres...

—Me interesa. Es que no me gusta darle conversación a los hombres y menos tan cerca.

—A mí tampoco me gusta mucho la gente, no te creas... Pero, bueno, después de tres semanas de vernos cada tarde entre pájaros ya podemos decir que somos al menos conocidos, ¿no? Ten, toma una rodaja de chorizo...

—Mi madre no me deja comer de lo que le pone a usted en la cesta. Me ha advertido que sacará la vara de almendro si se entera de que me como una miga de su pan.

—Pero te lo doy yo, además no se lo diremos... ¿quieres o no?

—Quiero... Me gusta todo esto que me cuenta cada tarde de los pájaros y que después apunta. Nunca me había fijado en tantas cosas como usted siente con ellos. Pero lo que no entiendo es para qué sirven todos sus estudios.

—A mí me sirven para conocer a niñas tan listas como tú y que la Universidad me pague todos los meses. Es una chanza, no te pongas tan seria, mujer. En realidad todos estos estudios

ornitológicos sirven para conocer el planeta, las especies que lo habitan, el clima, cosas así que se supone ayudan a la Humanidad y al progreso. Aunque si quieres que te sea sincero, no sé si más allá de la Universidad vuelen alguna vez mis apuntes de campo. Pero bueno, yo disfruto descubriendo sus secretos. Siempre me gustó sentarme a respirar aire puro y observar la naturaleza. En el fondo los humanos no somos muy distintos de estos estorninos, no te creas. Nos comportamos como bandadas y solemos imitar a las seis personas más cercanas en cada etapa de nuestras vidas. Las mujeres a las mujeres de su familia y los hombres a sus hombres, como los pájaros. Casi todos vamos en el mismo sentido y es muy difícil volar contra corriente, aunque te lo pida el cuerpo. Pero no es imposible. Incluso en el mundo de los estorninos se observan algunos que toman la decisión de salirse de la bandada para emprender el camino en solitario, no se sabe muy bien por qué. Será porque se sienten diferentes, porque aunque pueda atacarles un halcón, no resisten formar parte de la bandada aunque se mueran en el intento...

—Pero saben que aunque puede que se mueran, tienen que irse y eso es lo importante para ellos...

—Eso es... (Le dice el profesor orientando la cabeza hacia la profundidad de la niña)

—Nunca había observado a los pájaros, Señor, pero siempre me había preguntado cómo crecen las amapolas entre los campos de trigo, tan solas, tan quebradizas, tan rojas... Lo que usted estudia en el cielo también pasa en la tierra, ¿no?

— ¡Eso es, Candela, muy buena analogía! El coraje es una de las cosas que llevo admirando en todas las especies que pisan la faz de tierra y te puedo asegurar que lo he visto en cada rincón: la excepción que confirma la regla.

El mes llega a su fin. El profesor se levanta una mañana, paga su cuenta a la posadera y se dispone a buscar el autobús en la carretera del pueblo que le devuelva a su vida de despacho. Sus latas van llenas de graznidos, sus cuadernos repletos de dibujos. Su corazón también pesa un poco más.

Candela le acompaña hasta la carretera aquella mañana a pesar de que empieza a nevar y que no es necesario. Pero la niña insiste mucho en que es su regalo de despedida, que no tiene que darle ni una perrilla extra por llevarle los *apechusques* hasta la parada.

Ya están bajo el yugo y las cinco flechas de la carretera donde para la parrala, llegará en unos minutos.

—Profesor, yo soy ese estornino que no quiere volar en su bandada en la misma dirección, que prefiere morirse antes que seguir a cualquiera de los seis que le rodean...

—Lo había notado, Candela. ¿Y qué vas a hacer con ese deseo de volar sola? Cuando se siente ya no se puede guardar dentro... Pero sabes que nadie te protegerá si sales al mundo.

—Las bandadas son muy tristes también. Usted no sabe por qué gritan los pájaros, qué dicen, ni nunca lo sabrá... No dé por hecho que son felices volando juntos. Apunte eso en sus cuadernos. Me dijo la otra tarde que no tenía hijos, ¿verdad?

A la llegada de la siguiente primavera Candela trabaja en casa del profesor ayudando a su esposa con la faenas de la casa. También estudia por las tardes en la escuela del barrio. Por las noches dibuja pájaros que copia de los libros del profesor en cuadernos blancos. Vuela cada día con el dedo sobre el mapa desde Nueva Zelanda hasta su pueblo. Qué milagro... Algún día ella hará el viaje inverso, esa es su ilusión, la promesa que se ha hecho a sí misma junto con lo otro: que nunca volverá a hablar de su infancia, que nunca volverá a su pueblo. Los años de picos largos, duros y sangrientos, de oscuridad, de hambre y lágrimas de niñas apaleadas por la vida quedarán en su cabeza, despiertos, pero allí doblados. Su madre por mil pesetas le hizo el hatillo con gusto y la despidió una tarde sin un mal aspaviento, sin un beso ni una mirada hacia atrás. Candela solo lo sentiría por la Presen el resto de su vida, la única que lloró ante la evidencia de su marcha y que salió corriendo detrás de *la pasajera* cuando el profesor fuera a buscarla. Tomaría su puesto en todos los sentidos en cuanto *el Pescaito* se lo pudiera atar a la cintura con

una sogá el próximo invierno y así tener las manos libres para cargarse la vida a sus espaldas de pobre niña-vieja.

Pero ella, la Candela, lo había conseguido. Sus escuálidas alas planearon contra el viento. Ya estaba sin saberlo en las Antípodas: allí donde sale el sol cada día.

Dedicado a las niñas sin infancia,

que un día serán mujeres fuertes y libres,

que volverán para salvarlas.